

REFLEXIONES EN TORNO A LA PUBLICACIÓN

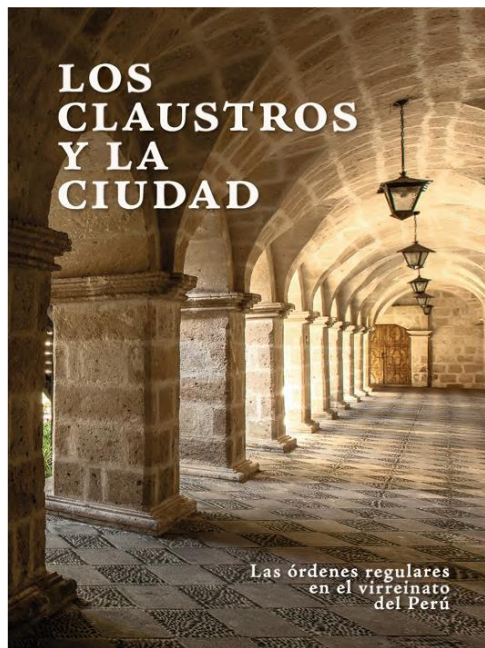
LOS CLAUSTROS Y LA CIUDAD Las órdenes regulares en el virreinato del Perú

Luis Eduardo Wuffarden, Bernard Lavallé, Ramón Mujica Pinilla,
Irma Barriga Calle, Gauvin Alexander Bailey,
Ricardo Kusunoki Rodríguez y Pedro Guibovich Pérez

Ana Patricia Quintana Meza

La obra examina el impacto de las órdenes religiosas regulares de agustinos, dominicos, franciscanos, jesuitas y mercedarios, en la configuración del espacio urbano y cultural del Virreinato del Perú, como resultado de un intenso trabajo desarrollado durante tres años, a través del estudio de sus claustros y conventos, y sustenta como no solo modelaron la arquitectura y el arte, sino también la vida social, económica y política de la época.

FICHA TÉCNICA	
Título	LOS CLAUSTROS Y LA CIUDAD Las órdenes regulares en el virreinato del Perú
Autores	<ul style="list-style-type: none"> — Luis Eduardo Wuffarden — Bernard Lavallé — Ramón Mujica Pinilla — Irma Barriga Calle — Gauvin Alexander Bailey — Ricardo Kusunoki Rodríguez — Pedro M. Guibovich Pérez
Editorial	Fondo Editorial del Banco de Crédito del Perú Colección Arte y Tesoros del Perú
Año	2022
Número de páginas	448
Edición impresa	Primera
Edición digital	https://www.fondoeditorialbcp.com/publicaciones/los-claustros-y-la-ciudad/#obra_completa
Ciudad/País	Lima, Perú
ISBN	978-9972-837-40-1
Depósito Legal	2022-12376
Dimensiones:	24.0 cm x 17.0 cm



Corresponde a la cuadragésima novena publicación de la colección "Arte y Tesoros del Perú" del Fondo Editorial del Banco de Crédito del Perú, cuyo Comité Editorial estuvo

conformado por Dionisio Romero Seminario y Álvaro Carulla Marchena, con la coordinación científica de Luis Eduardo Wuffarden.

El contenido consta de ocho ensayos realizados por destacados investigadores, reconocidos nacional e internacionalmente:

Nº	TÍTULO DEL ENSAYO	AUTORES
1	Los claustros y la ciudad <i>El protagonismo de las órdenes religiosas en la sociedad virreinal.</i>	Bernard Lavallé
2	La iglesia y el convento de Santo Domingo de Lima <i>Algunos alcances históricos e iconológicos de su cultura visual</i>	Ramón Mujica Pinilla
3	El “árbol frondoso” de los frailes menores <i>La orden franciscana en el virreinato del Perú</i>	Irma Barriga Calle
4	Misioneros y redentores de cautivos <i>Las provincias peruanas de la Orden de Nuestra Señora de la Merced</i>	Luis Eduardo Wuffarden
5	Ermitaños del Nuevo Mundo <i>La provincia agustina de Nuestra Señora de Gracia</i>	Luis Eduardo Wuffarden
6	“Para mayor gloria de Dios” <i>Colegios y residencias de la Compañía de Jesús</i>	Gauvin Alexander Bailey
7	Ministros de los enfermos y emisarios del “buen gusto” <i>Arte y piedad en la Orden de San Camilo de Lelis</i>	Ricardo Kusunoki Rodríguez
8	“De mucho precio, como las piedras preciosas” <i>Bibliotecas, libros y lecturas del clero regular</i>	Pedro Manuel Guibovich Pérez

Los ensayos subrayan aspectos esenciales que permiten comprender la complejidad del tema abordado, cuya estructura busca ofrecer al lector una visión clara y ordenada de los aportes más significativos presentes en cada trabajo, con una aportación rigurosa y bien fundamentada, caracterizada por su minuciosidad y sólida documentación, destacando los elementos que se detallan a continuación:

Primer ensayo:

Los claustros y la ciudad.

El protagonismo de las órdenes religiosas en la sociedad virreinal.

Bernard Lavallé sostiene que, en la sociedad virreinal peruana, las órdenes religiosas tuvieron un papel central y multifacético, más allá de su labor evangelizadora, destacando su influencia en la cultura, la educación, la sociedad y la política, transformando el arte y la vida urbana.

Su implantación y desarrollo en el Perú virreinal se inscribe en un proceso histórico trascendente, al producirse un vasto campo de acción pastoral, donde franciscanos, dominicos y mercedarios se establecieron tempranamente, seguidos por agustinos y jesuitas, organizando doctrinas y conventos que estructuraron la vida urbana y espiritual, cuyo impacto generó tensiones con el clero secular y, más tarde, con la Corona, que intentó someterlas mediante reformas y secularización.

Al respecto, durante los siglos XVI y XVII, la demografía conventual experimentó un crecimiento acelerado, concentrado en Lima, llegando a representar hasta el 17 % de la población española. Significativo impacto poblacional que, acompañado de la proliferación de conventos femeninos, suscitó críticas tanto en el ámbito económico como en el social.

La Corona Española, se encargó de emitir Cédulas Reales que prohibían nuevas fundaciones, cuya aplicación se delegaba a los altos funcionarios del Virreinato del Perú, pero la presión social y el prestigio de las órdenes religiosas dificultaron la aplicación de estas medidas, logrando a pesar de las críticas y de leyes emitidas, que finalmente las órdenes acumulen un notable patrimonio agrícola, urbano y financiero. Caso especial de los jesuitas, cuyo compromiso y eficiente gestión contrastó con las deficientes administraciones de otras comunidades, generando una significativa riqueza que contribuyó de manera decisiva a consolidar su influencia en el entramado social del Virreinato.

Estas diferencias, revelarían la complejidad del mundo conventual caracterizado por conflictos recurrentes derivados de rivalidades con otras órdenes religiosas, en diversos aspectos como doctrinarios, por privilegios académicos y protagonismo en las ceremonias, así como tensiones internas y enfrentamientos con el poder real, cuyas disputas no estaban exentas de intereses políticos y económicos.

Fundamenta como en el ámbito cultural, las órdenes desempeñaron un papel decisivo en la educación y la producción artística, como la fundación de colegios para la élite, así como promovieron debates sobre la condición indígena, mientras sus templos se convirtieron en escenarios de competencia institucional y esplendor barroco. En el arte, la pintura y la escultura, concebidas como instrumentos catequéticos, alcanzaron gran desarrollo gracias a artistas como Bernardo Bitti, Diego de la Puente y Pedro de Vargas. Asimismo, las órdenes impulsaron la exaltación de la santidad como estrategia de legitimación, destacando figuras como Santa Rosa de Lima y otros santos regulares.

Así, las reformas borbónicas impulsadas durante el siglo XVIII buscaron reducir el poder y la autonomía de las órdenes religiosas, subordinándolas a la autoridad real, y por tanto limitando sus privilegios e inmunidades eclesiásticas, ejerciendo un control más estricto sobre la administración de bienes y renta, promoviendo la secularización de parroquias y la expulsión de los jesuitas en 1767, que junto con la disminución de vocaciones marcaron el inicio de su decadencia. A pesar de ello, mantuvieron su influencia cultural y social, adaptándose parcialmente a las ideas ilustradas y al neoclasicismo en vísperas de la independencia.

En conjunto, el protagonismo de las órdenes religiosas en la historia del Virreinato del Perú revela su papel central en la evangelización, la organización social y la vida cultural, así como las tensiones derivadas de su poder económico, su autonomía frente a la Corona y su protagonismo en la construcción de identidades criollas. Este legado, complejo y contradictorio, constituye un capítulo esencial para comprender la dinámica política, religiosa y artística del mundo colonial.

Segundo ensayo:

La iglesia y el convento de Santo Domingo de Lima.

Algunos alcances históricos e iconológicos de su cultura visual.

Ramón Mujica explora la evolución de este importante complejo arquitectónico en Lima, desde sus orígenes en el siglo XVI hasta sus transformaciones posteriores, y otorgando especial atención a los aspectos históricos, artísticos y religiosos que configuran su identidad.

Detalla con precisión los inicios de la iglesia y convento de Santo Domingo, su fundación por la Orden de Predicadores, nombre oficial de la orden fundada por Santo Domingo de Guzmán en el siglo XIII, conocida comúnmente como los dominicos y su posterior desarrollo como centro religioso y cultural en Lima que desempeñó un papel central en la evangelización, articulando estrategias visuales, doctrinales y políticas que trascendieron el ámbito espiritual articulando devociones emblemáticas como la Virgen del Rosario y la Vera Cruz con la participación de cofradías multiétnicas.

Las diferentes etapas de las transformaciones arquitectónicas del complejo se examinan tanto en sus aspectos constructivos precisando las remodelaciones que ha sufrido a lo largo de los siglos, así como incluyendo los diferentes estilos arquitectónicos que desde el gótico isabelino al barroco y luego al neoclásico, han influido en su configuración.



Imagen 1. Iglesia y Convento de Santo Domingo. Tomado de [Rodríguez J., 2025] <https://shorturl.at/2GjoZ>

Su arquitectura como espacio inicial sede de la Universidad de San Marcos, fundada en 1551 por Real Cédula de Carlos V, es fundamental en la historia educativa del Virreinato

del Perú. En este espacio se impartieron las primeras cátedras y se organizaron los estudios superiores bajo la tutela de la orden y aunque la Universidad se trasladó posteriormente a otros recintos, mantuvo su vínculo histórico con los dominicos como parte esencial de su origen.

Entre sus aportes en el ámbito del arte, destaca la iconografía de la genealogía de Santo Domingo y la obra de Santo Tomás de Aquino, además de dos valiosos lienzos cusqueños del siglo XVII-XVIII que representan el encuentro de Atahualpa con Pizarro en Cajamarca, que se constituyen en significativos instrumentos de memoria visual que encumbran la misión dominica como triunfo evangélico y legitiman la conquista mediante la figura de fray Vicente Valverde.

Velarde quién fue primer obispo del Perú y fundador de la orden en el Virreinato representa la tensión entre evangelización y poder imperial como defensor de los indígenas, enfrentó intereses económicos y campañas de difamación, anticipando el uso de ideas dominicas en la formación del pensamiento criollo e indígena, que refuerzan la influencia dominica en la vida urbana, la educación y la cultura visual.

Así también, la canonización de Santa Rosa de Lima (1671) quién fue terciaria dominica, es decir, pertenecía a la Tercera Orden de Santo Domingo, lo que la vinculaba estrechamente con la espiritualidad dominicana centrada en la penitencia, la oración y la defensa de la fe, marcó un hito convirtiéndose en instrumento político y cultural.

La orden dominica ejerció una influencia decisiva al articular evangelización, educación superior y poder simbólico, consolidando su presencia en la vida religiosa, cultural y social en el Virreinato del Perú, que se prolongó hasta el siglo XIX.

Tercer ensayo:

El “árbol frondoso” de los frailes menores.

La orden franciscana en el virreinato del Perú.

Según **Irma Barriga Calle**, la orden franciscana, llegada al Perú en el contexto de la reforma eclesiástica impulsada por la Corona, consolidó desde mediados del siglo XVII una presencia decisiva en la vida religiosa, social y cultural del virreinato. Fundada oficialmente en 1553 como Provincia de los Doce Apóstoles, su expansión se articuló mediante conventos, recoletas y misiones, proyectando una espiritualidad marcada por la pobreza evangélica, la devoción afectiva y la defensa de la justicia, en contraste con el perfil intelectual de otras órdenes mendicantes.

El convento de San Francisco el Grande en Lima, también conocido como Basílica y Convento de San Francisco de Jesús, es uno de los conjuntos arquitectónicos más emblemáticos del Centro Histórico de Lima, declarado en 1972 Patrimonio Cultural de la Nación (1972) y en 1988 Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

El conjunto se erigió como centro neurálgico de la orden, integrando arquitectura monumental, programas iconográficos y prácticas devocionales que respondían a las disposiciones tridentinas, correspondientes a las normas y reformas emanadas del Concilio de Trento (1545-1563), que plantearon renovar la vida religiosa y disciplinar de

las órdenes, y que en el caso de la Orden Franciscana tuvieron un impacto profundo en su organización y práctica.

La denominación simbólica y la serie pictórica del apostolado —inspirada en Zurbarán— consolidaron la identidad seráfica, entendida como la expresión del carisma franciscano inspirado en San Francisco de Asís, y reforzaron su función catequética al integrar prácticas devocionales, recursos artísticos y espacios arquitectónicos orientados a la formación doctrinal y la transmisión de valores cristianos en el marco de las reformas ilustradas y el proceso de independencia.

La espiritualidad franciscana se expresó en espacios como el claustro, concebido como *hortus conclusus*, del latín jardín cerrado, donde arquitectura, naturaleza y teología se integraban en un discurso visual sobre la humildad y la salvación. Las series sobre la vida de San Francisco y las alegorías de las postrimerías, ejecutadas por artistas locales e influenciadas por modelos sevillanos y flamencos, consolidaron la pintura virreinal como vehículo pedagógico y retórico. Figuras como fray Luis de Cervela impulsaron reformas arquitectónicas y devocionales que acentuaron el carácter penitencial y teatral del barroco limeño.

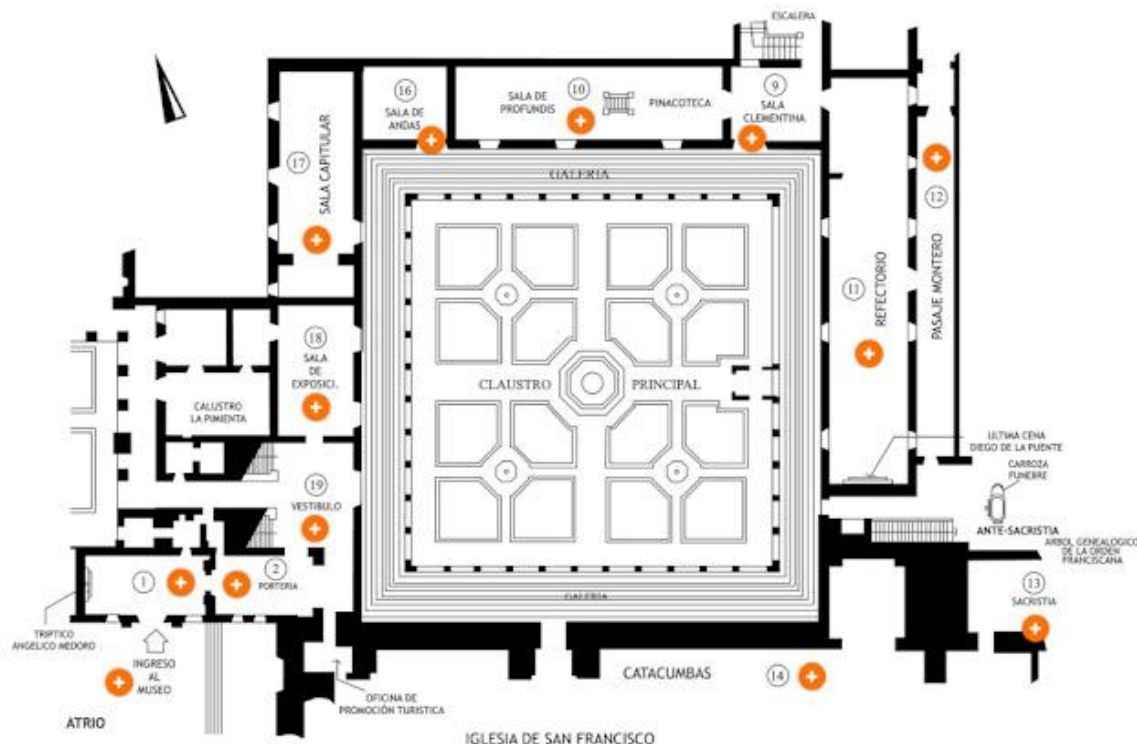


Imagen 2. Claustro del Convento de San Francisco.. Tomado de [s/autor, 2020] <https://shorturl.at/FcOEI>

Además, la Tercera Orden Seglar Franciscana, concebida para la vida laica, desempeñó un papel fundamental en la difusión de prácticas devocionales, incorporando advocaciones como la Divina Pastora y fomentando reformas arquitectónicas de corte neoclásico impulsadas por Matías Maestro. Estas transformaciones, junto con la instauración de cementerios extramuros y la persistencia de usos tradicionales,

evidencian la capacidad de la espiritualidad franciscana para articular tradición y modernidad en el umbral de la independencia.

En conjunto, la historia franciscana en el Perú virreinal evidencia la convergencia entre espiritualidad, arte y poder simbólico, proyectando una identidad que, pese a las reformas borbónicas y la secularización, mantuvo su vigencia mediante estrategias visuales, redes misionales y vínculos comunitarios.

Cuarto ensayo:

Misioneros y redentores de cautivos.

Las provincias peruanas de la Orden de Nuestra Señora de la Merced.

Luis Eduardo Wuffarden argumenta que la Orden de la Merced, fundada en el siglo XIII en el contexto de la Reconquista y vinculada al reino de Aragón, y cuya presencia en el Perú se remonta a los primeros tiempos de la conquista, logró consolidarse mediante privilegios otorgados por Pizarro y una temprana implantación urbana en Lima, donde el convento de San Miguel Arcángel se erigió como cabeza de una vasta provincia que abarcaba Quito, Panamá y el sur andino.



La arquitectura mercedaria evolucionó desde las modestas edificaciones iniciales hacia complejos monumentales que integraron tradición peninsular y adaptaciones locales. La basílica limeña, resultado de tres etapas constructivas, refleja la transición del gótico-isabelino al barroco, culminando en una portada-retablo considerada obra maestra del barroco en el Virreinato.

En paralelo, la orden desplegó una intensa actividad artística, conservando imágenes fundacionales como la Virgen de la Merced y el Cristo de la Conquista, símbolos de continuidad devocional y poder identitario, piezas que junto con otras esculturas y pinturas italianistas, evidencia la conexión entre Lima y Sevilla.

Imagen 3. Iglesia Nuestra Señora de la Merced, en Lima. Tomado de [s/autor, s/fecha] <https://shorturl.at/9ztq9>

Durante el siglo XVII, la orden promovió causas de santidad y programas iconográficos que exaltaban figuras ejemplares como fray Pedro Urraca, articulando espiritualidad y propaganda en un contexto de competencia entre las órdenes. El claustro de los doctores y la escalera imperial del convento limeño, así como la reconstrucción del conjunto cusqueño tras el terremoto de 1650, consolidaron la presencia mercedaria mediante soluciones arquitectónicas innovadoras y ciclos pictóricos sobre la vida de san Pedro Nolasco, en diálogo con la estética barroca y la sensibilidad criolla.

En el siglo XVIII, la orden incorporó las tendencias ilustradas, como se aprecia en la portada de Guitarreros, el camarín de la Virgen y la nueva sacristía, espacios que integraron mobiliario enconchado, pinturas guatemaltecas y obras de Cristóbal Lozano y Pedro Díaz, situando el arte mercedario en la vanguardia estética virreinal.

Tras la independencia, la orden afrontó un marcado declive por la desamortización y la secularización, aunque mantuvo cierta vitalidad artística mediante vínculos con Quito y la incorporación de modelos académicos europeos. Obras como el Cristo flagelado de Joaquín Pinto y la persistencia de devociones tradicionales revelan la capacidad mercedaria para integrar tradición barroca, influencias ilustradas y academicismo en un contexto de transformación cultural.

En conjunto, la trayectoria de la Merced en el Perú evidencia la estrecha relación entre espiritualidad, arte y poder simbólico, proyectando una identidad que, pese a las crisis históricas, constituye un capítulo esencial en la historia religiosa y artística del virreinato.

Quinto ensayo:

Ermitaños del Nuevo Mundo.

La provincia agustina de Nuestra Señora de Gracia.

Tal como señala **Luis Eduardo Wuffarden** la orden agustina, pese a su llegada tardía al Perú en 1551, logró consolidar una presencia significativa mediante estrategias discursivas, alianzas políticas y proyectos arquitectónicos. Inicialmente afectada por el sistema de precedencias, la orden reivindicó su primacía a través de obras como la *Crónica moralizada* (1638-1639) de Antonio de la Calancha, que exaltó su papel en la evangelización y en la incorporación del territorio inca a la monarquía hispánica. Este discurso se reforzó con narrativas hagiográficas, como la del martirio de fray Diego Ortiz en Vilcabamba, presentado como “protomártir del Perú”.

La expansión agustina se materializó en un vasto mapa sacralizado, con conventos, doctrinas y santuarios marianos erigidos sobre antiguos adoratorios prehispánicos, en consonancia con las políticas de extirpación de idolatrías. Destacan el santuario de Guadalupe en el norte y el complejo de Saña, cuyas bóvedas de crucería revelan la persistencia de tipologías gótico-isabelinas adaptadas al contexto sísmico.

En el Alto Perú, la devoción a la Virgen de Copacabana se convirtió en el culto mariano más popular de los Andes, proyectando la identidad agustina mediante estrategias editoriales y visuales, como la *Historia del santuario de Copacabana* (1621) de Ramos Gavilán, que articuló providencialismo, tradición europea y elementos andinos.

La intensa actividad intelectual de la orden impulsó la crónica conventual como género

historiográfico, con autores como Calancha, Torres y Vázquez, quienes combinaron erudición y propaganda en obras que integraban texto e imagen para legitimar la autoridad espiritual y política agustina. Paralelamente, la arquitectura y el arte

funcionaron como instrumentos de prestigio: desde las portadas renacentistas del primer templo limeño hasta la portada-retablo barroca erigida tras el terremoto de 1687, considerada una obra maestra del “barroco americano”. Este programa se complementó con esculturas procesionales y pinturas italianistas, fruto de redes transatlánticas que conectaban Roma y Lima.

Durante el siglo XVIII, la orden mantuvo su protagonismo mediante la producción pictórica cusqueña y limeña, que exaltaba la genealogía agustina y su vínculo con la Casa de Austria. Obras como el *Triunfo de San Agustín* (1765) y las series comisionadas a Basilio Pacheco evidencian la fusión de modelos flamencos y tradiciones locales en

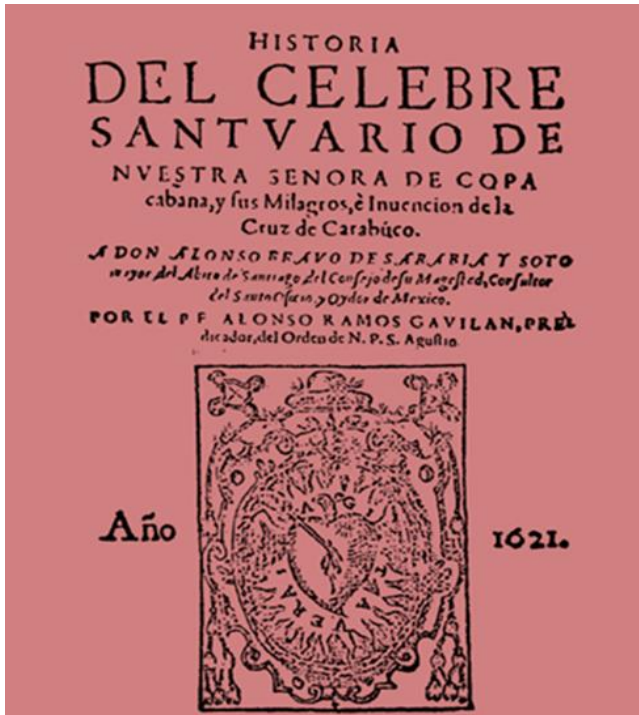


Imagen 4. Portada de la Crónica de Ramos Gavilán.

Tomado de [s/autor, 2020] <https://shorturl.at/eTIDk>

clave barroca. Sin embargo, la estética ilustrada del “buen gusto” promovió la sustitución de los retablos barrocos por estructuras neoclásicas, anticipando la transición hacia la independencia.

Tras la emancipación, precisa que la orden sufrió un marcado declive: la reducción del número de religiosos, la desamortización y los conflictos bélicos provocaron la ruina de sus conventos y la pérdida de gran parte de su patrimonio artístico. Las reconstrucciones historicistas del siglo XX, criticadas por alterar la fisonomía original, marcaron el inicio de la conciencia patrimonial moderna. En conjunto, la trayectoria agustina en el Virreinato del Perú revela la capacidad de la orden para articular espiritualidad, poder y cultura visual, proyectando una identidad que, aunque erosionada por las transformaciones políticas, constituye un capítulo esencial en la historia artística y religiosa de América.

Sexto ensayo:

“Para mayor gloria de Dios”.

Colegios y residencias de la Compañía de Jesús.

Como expone **Gauvin Alexander Bailey**, la frase “*Ad maiorem Dei gloriam*”, expresión en latín que significa “Para la mayor gloria de Dios”, es el lema de la Compañía de Jesús, orden religiosa católica fundada por San Ignacio de Loyola en 1540, que refleja el

propósito central de la orden, que es servir a Dios y a la Iglesia a través de diversas actividades, incluyendo la educación y la evangelización

La arquitectura jesuita en el virreinato peruano se caracterizó por la tensión entre los ideales iniciales de austeridad y funcionalidad, establecidos por las Constituciones de Ignacio de Loyola, y la evolución hacia proyectos monumentales adaptados a las realidades urbanas y culturales. Aunque la Compañía de Jesús no desarrolló un modelo conventual tradicional, sus fundaciones —casas, colegios, universidades y noviciados— se convirtieron en centros clave de educación y evangelización, consolidando su influencia en la América hispana.

El Colegio Máximo de San Pablo en Lima, fundado en 1568, fue la primera institución jesuita de alta enseñanza en Sudamérica y el núcleo cultural más prestigioso del virreinato. Su arquitectura, inicialmente sobria, incorporó progresivamente elementos barrocos, como la sacristía y la capilla de Nuestra Señora de la O, consideradas obras maestras del arte limeño. El programa decorativo incluyó retablos y lienzos inspirados en modelos europeos, evidenciando la capacidad jesuita para articular funcionalidad, refinamiento y discurso evangelizador.



Imagen 5. Escudo jesuita. Tomado de [anónimo, 1575]

<https://shorturl.at/HobuE>

En el Cusco, el Colegio de la Transfiguración y su iglesia, reconstruidos tras el terremoto de 1650, reflejan la fusión entre tradición europea y creatividad andina, consolidando el barroco mestizo como expresión singular del arte colonial. Elementos ornamentales como rosetas, mascarones y motivos vegetales revelan la apropiación de repertorios autóctonos en clave barroca.

En contraste, los colegios de Ayacucho y Trujillo mantuvieron una estética manierista y clasicista, adaptada a contextos locales, mientras que la portada y el patio de la Compañía en Arequipa representan el esplendor del barroco andino híbrido, con una ornamentación profusa que integra símbolos cristianos y motivos indígenas.

Además, más allá de su valor artístico, desempeñaron un papel decisivo en la formación intelectual y misionera, ofreciendo enseñanza en humanidades, teología y lenguas indígenas, y proyectando su influencia hacia regiones como Paraguay y la Amazonía.

Sostiene que la arquitectura jesuita en el Perú, evidencia un marcado regionalismo y una capacidad de adaptación que combina tradición europea, contexto local y estrategias pedagógicas, constituyendo uno de los capítulos más relevantes de la historia cultural y artística del virreinato.

Séptimo ensayo:

Ministros de los enfermos y emisarios del “buen gusto”

Arte y piedad en la Orden de San Camilo de Lelis.

Para **Ricardo Kusunoki Rodríguez**, la biografía de Martín de Andrés Pérez, miembro destacado de dicha orden, escrita en 1770 por Francisco González Laguna, se constituye en un testimonio singular en el Perú virreinal al reflejar la convergencia entre espiritualidad, arte y modernidad ilustrada.

Esta obra forma parte de la tradición hagiográfica y biográfica que buscaba exaltar las virtudes y el ejemplo de vida de religiosos vinculados a la asistencia de enfermos y la práctica de la caridad, valores centrales en la espiritualidad de la orden, y que, a diferencia de las hagiografías tradicionales, adopta un tono sobrio y racional, evitando relatos milagrosos, proyectando una estrategia identitaria que combina carisma religioso y refinamiento cultural.

Un aspecto fundamental es la consolidación de la orden en Lima que se expresó mediante un ambicioso programa visual, articulado en retratos institucionales y obras devocionales concebidas por el pintor José Joaquín Lozano, uno de los artistas más representativos del ámbito virreinal limeño en el siglo XVIII, entre 1763 y 1770. Estas imágenes, lejos de ser meros ejercicios piadosos, funcionaron como instrumentos de legitimación, reforzando la identidad corporativa y diferenciando a la orden frente a otras congregaciones.

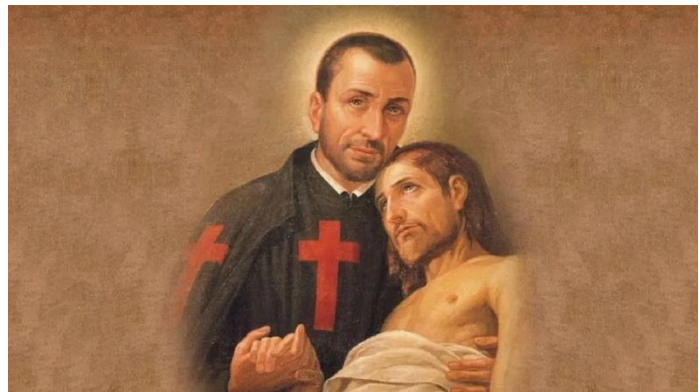


Imagen 6. San Camilo de Lelis. Tomado de [s/autor, 2024]

<https://shorturl.at/MuRiB>

El conjunto pictórico del convento revela una estrategia consciente para articular espiritualidad y modernidad, mediante la apropiación creativa de modelos europeos y la colaboración con artistas locales. Sin embargo, esta proyección cultural convivió con contradicciones: tras la expulsión jesuita, los camilos asumieron un papel político activo en defensa del absolutismo borbónico, mientras su economía dependía de haciendas con mano de obra esclavizada. Obras como el lienzo de santa Efigenia para La Quebrada y proyectos arquitectónicos en Lima evidencian la expansión material de la orden, pero también la tensión entre ideales ilustrados y prácticas sociales.

A comienzos del siglo XIX, la renovación del noviciado y la construcción de Santa Liberata consolidaron la presencia de la orden, aunque las disputas internas y la muerte de Lozano marcaron el declive del patrocinio artístico. Su trayectoria culminada con episodios como el martirio de Pedro Marieluz en 1825, quién perteneció a la orden y destacó por su labor pastoral y caridad, sintetiza las paradojas de una congregación que, mientras promovía arte y “buen gusto” como signos de modernidad, terminó subordinando estética y espiritualidad a la lógica del poder en un contexto de transición hacia la independencia.

Octavo ensayo:

“De mucho precio, como las piedras preciosas”.

Bibliotecas, libros y lecturas del clero regular.

Finalmente, en el último ensayo, **Pedro Manuel Guibovich Pérez** sustenta como las bibliotecas del clero regular en el virreinato peruano constituyeron espacios fundamentales para la preservación y transmisión del saber, así como para la vida espiritual e intelectual. Las bibliotecas inspiradas en la tradición monástica medieval europea fueron espacios con dinámicas intensas, moldeadas por factores culturales, políticos y económicos, y por la acción de agentes religiosos y laicos. Su estudio, aunque limitado por la escasez de fuentes documentales, permite comprender la configuración de la cultura escrita en la América colonial y su vigencia como referente histórico.

Establece que se gestaron en base a la necesidad de evangelización y enseñanza, por lo que las órdenes religiosas acumularon mediante compras y donaciones, con fondos asignados y aportes de benefactores, diversas publicaciones, que en la mayoría procedían de Europa. Importante dato es el valor simbólico de cada libro, considerado como una obra de incalculable valor intelectual, dada su trascendencia como objeto de instrucción y devoción, cuya posesión confería legitimidad y relevancia a la biblioteca.



Imagen 7. Biblioteca del Convento de Ocopa. Tomado de [s/autor, 2025] <https://shorturl.at/cPval>

Existieron estrictas normativas que garantizaron su conservación, establecidas por la administración interna, que incluían sanciones, inventarios y la creación del cargo de bibliotecario, e incluso debido a la afección por los libros se propiciaron prácticas como el

encadenamiento de ejemplares. Las bibliotecas, concebidas principalmente como depósitos, se caracterizaban por un mobiliario austero y una iluminación insuficiente, lo que explica la presencia de volúmenes en las celdas privadas.

Sus fondos respondían a los planes de estudio coloniales, centrados en Gramática, Artes y Teología, complementados con obras de historia, literatura y ciencias. Asimismo, se conservaban manuscritos de notable valor espiritual y académico, donde cada publicación cumplía funciones diversas: estudio, formación intelectual, movilidad social y fortalecimiento de la devoción, tanto individual como comunitaria.

En un contexto marcado por la ausencia de bibliotecas públicas durante la época virreinal y buena parte del periodo republicano temprano, los libros circularon principalmente entre conventos y colecciones privadas, lo que pone de manifiesto su condición de bienes escasos y altamente valorados. Esta circulación restringida no solo refleja la limitada accesibilidad al conocimiento, sino también el carácter elitista de la cultura letrada, reservada a órdenes religiosas y sectores privilegiados. Sin embargo, las bibliotecas, conventuales y privadas, constituyen uno de los capítulos más notables de la historia cultural peruana, que permite comprender cómo el libro operó como símbolo de poder intelectual y religioso, formando espacios académicos y la configuración del imaginario cultural en el Perú

Reflexiones finales

El libro **Los Claustros y la Ciudad** ofrece una visión profunda y detallada sobre la importancia de las órdenes religiosas en la historia del Virreinato del Perú, mostrando cómo sus acciones y presencia dejaron una huella imborrable en la ciudad y la sociedad de la época.

Su principal aporte radica en la presentación de un panorama integral que permite comprender la centralidad del clero regular en la configuración de la sociedad colonial. La exposición destaca la función evangelizadora, la organización urbana y la producción cultural, subrayando la influencia de las órdenes.

Asimismo, el texto sobresale por la riqueza descriptiva y el manejo de datos concretos, como la proporción demográfica de los frailes en Lima o la acumulación patrimonial de las órdenes, elementos que aportan solidez empírica al análisis. La atención al papel cultural de las órdenes tanto en la educación, en la producción artística, así como en la promoción de la santidad, constituye otro acierto, al mostrar cómo la espiritualidad se articuló con estrategias visuales y discursivas.

En conclusión, del análisis del texto se permite afirmar que su principal fortaleza radica en la capacidad de articular múltiples dimensiones religiosa, social, económica y artística, a fin de producir una interpretación coherente con respecto al papel de las órdenes en el Virreinato del Perú. Además, al ofrecer una visión global y bien fundamentada, el texto se convierte en una herramienta indispensable para comprender la configuración cultural y simbólica del mundo colonial, así como la persistencia de su legado en la identidad histórica de América Latina.